



INCOMPRESION

Es curioso. Cuando les digo a mis padres los embustes más descabellados no se sorprenden, sonríen y hasta parece que aprueban mis fechorias. Por ejemplo, cuando hoy les he dicho que he puesto una bomba en Correos me han dicho que he hecho bien, pero que no vuelva a repetirlo. Todo lo que digo lo aceptan si sospechan que es mentira. Pero cuando les digo la verdad se ponen frenéticos, me amenazan y hasta han llegado a hacerme pasar toda la noche en el balcón de la cocina. No les comprendo. Otro ejemplo. Hoy mismo: llego a casa, me quito el collar, huelo un poco por las esquinas y pregunto si han oído la explosión. Una explosión que no ha existido. Sin embargo, dicen que sí, que la han oído perfectamente. Les explico, por seguirles el juego, que he sido yo, que esta vez he puesto la bomba en el ascensor. Me escuchan sonrientes, me quitan el hueso de la boca y me ponen un libro delante para que estudie.

Me van a volver loco con su credulidad. Me aceptan todo menos la verdad. Y la verdad es que ya no les amo, porque desde que me he convertido en perro no puedo amarles. Podré ser, si así lo desean, su amigo más fiel; pero amarles, lo que se dice amarles, no puedo, porque incluso dudo de que sean mis padres.

Cuando se lo digo sé que sufren. Me miran al principio con pena, pero, al final, acaban enfadados, y me amenazan con castigos terribles si sigo ladrando y mordiéndoles los tobillos.

¿Pero qué puedo yo hacer si me he convertido en perro? Tengo que decirselo a ladridos. Sé que podría decirles en perfecto castellano que soy un perro, pero entonces ellos tendrían razones suficientes para decir que estoy loco, porque los perros no hablan. No quiero caer en las trampas dialécticas de los humanos.

Esta noche les voy a desangrar de una dentellada. O, quizá, sólo a mi padre. Así mi madre comprenderá que no es mentira lo que digo, que debe creermme cuando aúllo por las noches de miedo y soledad y que yo también sufro por todas las cosas que nos están pasando.

